
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

Editorial

- | | | |
|-----------------------------------|------------|---|
| <i>Han-Heiner Tük</i> | 3 | Sólo el amor es digno de fe |
| <i>Francisco Bastitta Harriet</i> | 19 | La iniciativa del amor en el Cantar de los Cantares |
| <i>Luis Heriberto Rivas</i> | 27 | “Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16) |
| <i>Gonzalo J. Zarazaga</i> | 39 | Predicar el amor, predicar la Trinidad |
| <i>Nancy Viviana Soria</i> | 55 | Dios amor en Edith Stein |
| <i>José D. Jiménez</i> | 63 | El amor social en la Ciudad de Dios |
| <i>Luis Baliña</i> | 87 | Quinque sunt viae |
| <i>Ludovico Videla</i> | 93 | La economía del amor |
| <i>Anónimo</i> | 101 | Carta de un padre a su hija posmoderna, sobre el amor que nos tiene Dios |

“DIOS ES AMOR” (1Jn 4, 8. 16)

*Luis Heriberto Rivas**

La Primera Carta de Juan

El escrito que tradicionalmente se conoce como “Primera Carta de san Juan” no se presenta con las características propias del género literario epistolar, por lo que no es propiamente una “carta” o una “epístola”. Carece de los nombres de remitente y destinatarios, no tiene saludos ni noticias personales... Si se intentara clasificarla de alguna manera, se podría decir que es un “comentario al evangelio de Juan”. Aun así, no es un comentario capítulo por capítulo, sino un desarrollo de algunos de sus temas centrales.

La obra fue escrita a comienzos del siglo II, cuando la comunidad joánica se desgarró porque algunos de sus miembros se separaron siguiendo una lectura errada del evangelio. Este doloroso hecho es reconocido por el autor (o los autores): “... salieron de entre nosotros, sin embargo, no eran de los nuestros. Si lo hubieran sido, habrían permanecido con nosotros” (1Jn 2, 19). Ante esta escisión se juzgó necesario escribir un “comentario” en el que se expusieran con mayor amplitud los temas que habían sido mal interpretados por los que se apartaron. De ahí que a lo largo del texto se reitera la fórmula “Si alguno dice...” (1, 6. 8. 10; 2, 4. 6. 9; 4, 20), o se hace referencia a los que niegan ciertas enseñanzas (2, 22. 23; 4, 2. 3).¹

* Licenciado en Teología y en Sagradas Escrituras. Profesor titular de Sagradas Escrituras en la Facultad de Teología de la UCA. Autor de varios libros, entre los cuales: «¿Qué es un Evangelio?» (Claretiana, 2000); «Los libros y la historia de la Biblia. Introducción a las Sagradas Escrituras» (San Benito, 2001); «San Pablo. Su vida. Sus cartas. Su teología» (San Benito, 2001); «El Evangelio de Juan. Introducción y comentario» (San Benito, 2005).

¹ R. SCHNACKENBURG, *Cartas de San Juan. Versión, introducción y comentario*. Barcelona, Herder, 1980; R.E. BROWN, *The Epistles of John. A New Translation with Introduction and Commentary*. AB 30, Garden City, NY, Doubleday, 1982; P. PERKINS, “The Johannine

“Dios es amor”

Los que se separaron de la comunidad joánica

Los propulsores de las nuevas doctrinas serían personas que gozaban de cierto prestigio o autoridad en la comunidad, que se presentaban como iluminados especialmente por el Espíritu Santo. Dotados con estas credenciales, constituían un peligro porque intentaban arrastrar a otros y de esta manera la doctrina originada en la lectura errónea del evangelio amenazaba con difundirse cada vez más. Por esa razón, el autor de la “Primera Carta” advierte a los lectores para que se mantengan en actitud alerta ante “los que pretenden engañarlos” (2, 26), y no se dejen seducir por los que vienen diciendo que tienen iluminaciones del Espíritu (“No le crean a cualquier espíritu, pero pongan a prueba a los espíritus para ver si proceden de Dios...” 1Jn 4, 1). Para desprestigiar a los innovadores, en la 1Jn no se pierde oportunidad de estigmatizarlos y marcarlos con epítetos infamantes: son “mentirosos” (2, 4. 22; 4, 20), “anticristos” (2, 18. 22; 4, 3) y “falsos profetas” (4, 1).

La doctrina enseñada por los que se apartaron de la comunidad joánica no aparece expuesta detalladamente en la “Primera Carta”. Pero es posible formarse una idea de ella atendiendo a las referencias incluidas en el texto, a los temas cristológicos que el autor de 1Jn considera necesario poner de relieve, y sobre todo a las afirmaciones que son presentadas con la fórmula: “Si alguno dice...”. Ellos establecían una separación entre Jesús y el Cristo (2, 22), y negaban que el Cristo fuera verdadero hombre (4, 2). En cierta medida, esas enseñanzas parecen tener relación con las que más tarde difundirán los gnósticos. Según san Ireneo de Lyon, esto fue enseñado por Cerinto: “... después del bautismo... el Cristo descendió sobre él (*Jesús*)... y al final, el Cristo de nuevo se retiró de Jesús, y Jesús sufrió y resucitó, pero el Cristo continuó impasible...”;² “...no quieren que haya venido a este mundo ni el Verbo ni el Cristo, ni que el Salvador se haya encarnado y padecido...”.³ Cuando san Ignacio de Antioquía denuncia la doctrina que sostenían los docetas de su tiempo, subraya expresamente que ellos negaban la encarnación.⁴ En vista de estas coincidencias, muchos comentaristas opinan que los docetas mencionados por san Ignacio de Antioquía serían los mismos que se apartaron de la comunidad joánica.

Aparte de estas afirmaciones, en 1Jn hay fuertes indicios de que los que se

Epistles”, en: *The New Jerome Biblical Commentary*, Englewood Cliffs, NJ., Prentice Hall, 1990; 986-993; F. MARTIN, “1 Juan”, en: *Comentario Bíblico Internacional*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 1661-1669; C. VIANNEY MALZONI, “Primera carta de Juan”, en: *Comentario Bíblico Latinoamericano, Nuevo Testamento*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2003; 1153-1167.

² SAN IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.*, I, 26, 1.

³ *Ibid.*, III, 11, 3.

⁴ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Smyr.* II-III; *Trall.*, IX-X.

separaban de la comunidad hacían alarde de conocer a Dios (2, 4), de estar en la luz (2, 9) y de no tener pecado (1, 8. 10). Pero al mismo tiempo era evidente que los mismos que decían estas cosas se distinguían por no cumplir los mandamientos, y en particular por su falta de amor hacia los hermanos (2, 9; 4, 20). San Ignacio de Antioquía también reprochaba a los docetas su falta de caridad fraterna.⁵ El desinterés por los demás seres humanos podría ser una consecuencia que se desprende de la negación de la humanidad de Jesucristo.

El plan y el contenido de 1Jn

Ante esta situación, se ha escrito la “Primera Carta” como un comentario a los temas centrales del Evangelio de Juan para que los que se mantienen fieles a la enseñanza tradicional de la comunidad joánica estén preparados y no se dejen arrastrar por las nuevas doctrinas. Con la intención de mantener la comunión entre ellos, se les reitera lo que se les ha enseñado “desde el principio” (1, 1-3; 2, 7. 24; 3, 11). La obra insiste en la correcta doctrina sobre Jesucristo y su obra redentora, y en particular se interesa por lo que significa verdaderamente “conocer a Dios” y por la forma en que deben vivir los que tienen ese conocimiento y saben que “ya tienen vida eterna” (5, 13).

El plan que se siguió para componer 1Jn no es fácilmente visible a primera vista. Por eso son muchos los intentos que se han hecho para establecer la división en partes y la sucesión lógica de ellas. Esto se puede comprobar comparando la forma tan diversa en que está dividida la Carta en las versiones actualmente en uso. El presente trabajo es deudor de la división que propone Raymond E. Brown en su Comentario a las tres cartas joánicas, y que ha sido asumida por varias versiones y comentarios.

Entre un prólogo (1, 1-4) y unas palabras de conclusión (5, 13-21), el cuerpo central de la 1Jn (1, 5 – 5, 12) se puede dividir en dos partes que comienzan con palabras semejantes: “Este es el mensaje que nosotros hemos venido oyendo de Él...” (1, 5), y “Este es el mensaje que ustedes oyeron...” (3, 11). La primera parte respondería a lo que recibieron de Jesús sus primeros testigos, entre los que se incluye el autor, (“...hemos venido oyendo...”), mientras que la segunda se referiría a lo que esos mismos testigos transmitieron a las iglesias (“... ustedes oyeron...”).

Cada una de las partes está enfocada desde una proclamación sobre Dios. La primera parte (1, 5 - 3, 10) comienza con la proclamación: “Dios es luz y en Él no hay tinieblas” (1, 5). Es necesario entonces que los fieles “caminen en la luz” y no permanezcan en las tinieblas (1, 7). En el desarrollo posterior se expone la ense-

⁵ Id., *Smyr.*, VI, 2.

“Dios es amor”

ñanza sobre la actual condición de los cristianos gracias a lo que Dios ha realizado en ellos, y como réplica a los que “dicen que viven en la luz”, pero en realidad están en las tinieblas (2, 9), describe la forma en que se debe vivir para “caminar en la luz”.

En el centro de la segunda parte (3, 11 - 5, 12) se encuentra una nueva proclamación: “Dios es amor” (4, 8. 16), y se muestra cómo Dios se manifiesta a los hombres a través de gestos de amor, y cómo el amor es la característica dominante de todos “los que han nacido de Dios”. Quedan en evidencia los que se han separado de la comunidad, porque ellos se distinguen por su carencia de amor (a pesar de que hacen alarde de conocer y amar a Dios). Contra éstos, y en forma claramente polémica, el autor de 1Jn describe los rasgos que identifican a los que han nacido de Dios y verdaderamente lo conocen.

El presente trabajo se circunscribirá a exponer el sentido de la segunda proclamación y las consecuencias que se siguen para la vida de los cristianos.

Los “hijos de Dios” y “los hijos del Diablo”

El autor de 1Jn comienza recordando a sus destinatarios que cuando recibieron la primera evangelización, “desde el principio”, ellos ya fueron instruidos en el “mandamiento nuevo” (1Jn 3, 11; ver: Jn 13, 34; 15, 12. 17), y saben que los que aman son hijos de Dios y lo conocen (4, 7). No expresa el mandamiento en imperativo, sino en primera persona y en tiempo presente: “Que nos amemos unos a otros...”, involucrándose de esta manera e indicando que se trata de una acción duradera, permanente, como es la particularidad del tiempo presente en la lengua griega.

Ante la revelación del amor sólo caben dos actitudes, que son antitéticas: aceptarlo, viviendo en el amor, o rechazarlo, viviendo en el odio. Los que optan por el amor forman la familia de los hijos de Dios, mientras que los que se encierran en el odio son los hijos del Diablo. Dos personas sirven como modelos de estas dos actitudes: Jesús, el Hijo de Dios, y Caín, el hijo del Diablo. Al designar a Caín con el título “hijo del Diablo”, el autor de 1Jn podría estar indicando que Caín tuvo un proceder semejante al del Diablo, pero parecería más verosímil que estuviera familiarizado con las leyendas judías, testimoniadas por varios escritos de la antigüedad,⁶ según las cuales Caín no era hijo de Adán, sino que había nacido de una relación sexual entre Eva y el Diablo.

Es natural que todo hijo lleve los rasgos de su padre. Los hijos del Diablo no aman a sus hermanos (3, 10) porque llevan los rasgos de su padre, que fue

⁶ Por ejemplo: *Targum Ps. Jonathan* a Gen 4, 1 y 5, 3; *Pirqê Rabbî Elî'ezer*, XXI, 1.

“homicida desde el principio” (Jn 8, 44). El Diablo cometió homicidio cuando arrastró a Adán a cometer un acto que debía ser sancionado con la muerte, y de esta manera le arrebató la posibilidad de vivir eternamente. En el evangelio de Juan se dice que Jesús acusó a sus adversarios de ser hijos del Diablo y homicidas como él (Jn 8, 40. 44). Se entiende que el autor del evangelio, bajo la figura de los contrincantes de Jesús, está retratando a los adversarios de su comunidad, en cierta medida cómplices de las autoridades romanas que ya en ese tiempo perseguían y mataban a los cristianos.⁷ El autor de 1Jn también acusa de “homicidas” a los que se apartan de la comunidad, pero no hay indicios suficientes de que sea por la misma razón.

Caín es presentado como modelo de los hijos del Diablo. Él era del Maligno (3, 12), es decir del Diablo, y mató a su hermano. De ahí que todos los que no aman a sus hermanos sean equiparados a Caín, llamados hijos del Diablo y acusados también de homicidio (3, 15). Ellos pertenecen al mundo de la tiniebla y de la muerte (2, 11). Es sorprendente que el autor de 1Jn presente como culpables de fratricidio a los que separan de la comunidad, haciéndolos en esto también semejantes a Caín. Queda claro que ellos pecan por falta de amor, pero no consta que cometan crímenes. La identificación de la falta de amor con el homicidio parece obedecer a la intención de mostrar la gravedad del pecado, así como en el evangelio de Mateo se dice que un mal deseo ya es adulterio (Mt 5, 28).

Dios es amor

Los creyentes, en cambio, son hijos de Dios y por eso aman a los hermanos. No solamente llevan el nombre de ‘hijos de Dios’, sino que lo son realmente (3, 1-2; ver Jn 1, 12-13; 5, 1). Si los hijos deben tener los rasgos de su Padre, el rasgo que se debe destacar más en los creyentes es el del amor, porque “Dios es amor (*agáp*)” (4, 8. 16). El término “amor” no lleva artículo, por lo que la proclamación de Dios como amor no debe ser asumida como una definición, sino más bien como una descripción del ser y del obrar de Dios referida al tema del que se viene tratando. Dice en primer lugar que “el amor es de Dios” (4, 7) y luego agrega “Dios es amor”, como si se dijera: “el amor lo revela a Dios”, “la revelación de Dios se percibe en la manifestación de su amor”, “Dios se manifiesta amando”. De una manera semejante afirmó en 1, 5 que “Dios es luz” para introducir el tema de

⁷ Las autoridades religiosas judías expulsaron a los cristianos de la Sinagoga a finales del siglo I o principios del siglo II. El judaísmo no era perseguido por los romanos porque era una *religio licita*, en cambio el judeo-cristianismo, al dejar de ser reconocido como “judío”, perdió la condición de *religio licita*, y los fieles quedaron desprotegidos y expuestos a las persecuciones. En este sentido, el autor del Evangelio de Jn presenta a las autoridades judías como cómplices de los perseguidores romanos.

“Dios es amor”

que los discípulos deben “caminar en la luz” (1, 7). En su actual condición terrenal, ninguna persona humana puede ver a Dios (Ex 33, 30; Jn 1, 18; 1Jn 4, 12),⁸ pero se hace visible en la manifestación de sus actos de amor por la humanidad.⁹ Los fieles cristianos conocen el amor de Dios, y creen en ese amor (4, 16).

En la actual condición terrestre, los seres humanos no pueden ver a Dios. San Pablo dice que se lo conoce sólo a través de sus manifestaciones de sabiduría y de poder, “sus atributos invisibles... se hacen visibles... por medio de sus obras” (Rom 1, 20). El evangelio de Jn, por su parte, afirma taxativamente que a Dios nadie lo ha visto jamás (1, 18) y que la única forma de llegar a conocerlo es a través de su Hijo Único Jesucristo (1, 18; 12, 45; 14, 6. 9). El autor de 1Jn se detiene a considerar la revelación de Dios en el envío de su Hijo único, que se entregó como víctima por los pecadores. Por medio de ese acto Dios se reveló como amor.

De todos los actos con los que Dios se manifestó amando, el autor de 1Jn destaca el envío de su Hijo al mundo para salvar a los creyentes de la muerte eterna y otorgarles la vida (4, 9). Esta revelación del amor de Dios ya había sido causa de admiración para el autor del evangelio: “¡Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en Él no muera, sino que tenga vida eterna!” (Jn 3, 16).

El autor se siente obligado a puntualizar todavía más en qué consiste ese acto de amor: el amor de Dios se manifestó cuando no había precedido ningún acto de amor por parte de los hombres. Y aun así, el Hijo fue enviado como víctima expiatoria por los pecados de los mismos hombres que no amaban a Dios (4, 10). También san Pablo había expresado su admiración por este acto de Dios que ponía de manifiesto la dimensión de su amor: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores” (Rom 5, 8). El autor de 1Jn hace ver a sus lectores que estos rasgos del amor de Dios deben reproducirse en ellos: “Si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros” (1Jn 4, 11); Dios amó primero, por eso también sus hijos deben “amar primero” (4, 19). Si Dios se manifiesta amando, todos sus hijos deben poseer el amor como nota distintiva (3, 1; 4, 7. 11). Los que aman, ya se asemejan a Dios en este mundo (4, 17).

Amor a Dios y amor a los hermanos

Todos los “hijos de Dios” tienen como modelo al Hijo único Jesucristo,

⁸ La visión de Dios es prometida para la escatología: “... seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3, 2).

⁹ “El amor divino se hace concreto y casi se puede experimentar en la historia con todas sus vicisitudes dolorosas y gloriosas” (BENEDICTO XVI, *Audiencia del 28-9-05*).

que es la revelación del Padre (Jn 1, 18), de modo que quien lo ve a Él, está viendo al Padre (Jn 12, 45; 14, 9). Del ser y de la actuación de Jesucristo, el autor de 1Jn destaca el hecho de que Él dio su vida por los demás. Los creyentes deben reproducir la imagen de Jesucristo, y por eso mismo deben amar hasta el punto de dar su vida unos por otros (3, 16). Los verdaderos discípulos no son “homicidas”, sino que pertenecen a la vida. Ellos “han pasado de la muerte a la vida” (3, 14), y de manera contraria a Caín y a los hijos del Diablo, no procuran dar muerte a sus hermanos, sino que llegan a dar la vida por ellos (3, 16).

Cuando el autor de 1Jn habla de “amar a los hermanos”, generalmente se refiere sólo a los miembros de la comunidad, excluyendo a todos los demás. Los “hermanos” son todos los que creen y “han nacido de Dios” (Jn 1, 12-13). Polemizando con los que se han separado de la comunidad, los acusa de “no amar a los hermanos” porque tiene en cuenta las actitudes de aquellos con respecto a los “hermanos” de la comunidad joánica, y consecuentemente los exhorta a “amar a los hermanos”. Esta visión restringida de la fraternidad podría favorecer la opinión de los que acusan al autor de 1Jn de ‘sectario’.¹⁰ Otros textos podrían abonar este exagerado particularismo, por ejemplo cuando él dice que “Dios envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados” (4, 10): el uso de la primera persona plural (*nuestros*) permite entender que la redención beneficia sólo a los miembros de la comunidad. Pero se debe observar que antes ha dicho “no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo” (2, 2), y más adelante proclamará que Jesucristo es el Salvador del mundo (4, 14), con una clara apertura universalista. El autor de 1Jn afirma sin dudar que la salvación está destinada a todos los seres humanos, y que todos están llamados a ser hijos de Dios, pero sin embargo, se debe reconocer que el título de “hermano” lo reserva exclusivamente para los que llegan a ser hijos de Dios por la fe, o para los demás cristianos que pertenecen a la misma comunidad. Como se verá, sólo pueden tener amor a los hermanos los que están en comunión con Dios por medio de Jesucristo.

Desde el momento que el amor es de Dios y Dios es amor, el autor de 1Jn puede concluir que no existe amor que no venga de Dios, por eso todo el que ama ha nacido de Dios (3, 7), y también -en forma negativa- que no es de Dios quien no ama a su hermano (3, 10), porque el que carece de amor demuestra que está privado de lo que lo une con Dios y lo hace semejante a Dios. Los que no son de Dios se caracterizan porque odian, y por esa razón los cristianos no deben asombrarse si el mundo los odia (Jn 15, 18-19; 17, 14; 1Jn 3, 13).

¹⁰ Por ejemplo: C.R. BOWEN, “Love in the Fourth Gospel”, *JR* 13 (1933) 39-49; F. C. FENSHAM, “Love in the Writings of Qumran and John” *Neotestamentica* 6 (1972) 67-77; H. MONTEFIORE, “Thou Shalt Love the Neighbour as Thyself”, *NovT* 5 (1962) 157-170 (citados por R.E. BROWN, *o.c.*, 271).

“Dios es amor”

El amor con el que los discípulos aman a Dios y a los hermanos es participación de la vida y del amor divino; es una donación de Dios. El amor de Dios está en su Hijo Jesucristo, y llega a los creyentes por medio de Jesucristo. En el evangelio, Jesús dice a sus discípulos durante la cena: “Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor” (Jn 15, 9). La relación entre el amor que Jesucristo recibe del Padre, y el amor que Él tiene a sus discípulos se establece mediante una conjunción (*kath_s*) que puede traducirse con el sentido de una equivalencia “como”, pero también con sentido causal “porque”, de modo que también puede leerse: “Porque el Padre me amó, también yo...”. El amor del Padre a Jesucristo no es sólo modelo del amor de Jesucristo a los discípulos, sino también la causa: Jesús ama a los suyos porque es amado por el Padre. Se trata de una misma corriente, de un mismo impulso de amor divino que se origina en el Padre y llega hasta los discípulos.

Entendiendo el amor de Dios de esta forma, no se puede decir que exista un amor a Dios independiente de un amor a los hermanos. Es un único amor que es de Dios y que viene de Dios. Él ama a su Hijo Jesucristo y a todos sus hijos, y deposita su amor en Jesucristo para que Él entregue su vida por todos los otros hijos de Dios. Los seres humanos, hijos de Dios, reciben este amor y lo viven amando al Padre, a Jesucristo y a los hermanos. Un amor no puede existir sin los otros, y si alguien dice que tiene amor a Dios y no ama a los hermanos, es un mentiroso (4, 20). El que obra de esta forma no puede decir que ama a Dios, porque el que ama a Dios, ama también a todos los que han nacido de Él (5, 1). El autor de 1Jn pone un ejemplo concreto con el que posiblemente denuncia algún hecho conocido por la comunidad: una persona posee riquezas y sin embargo permanece indiferente ante otro que está padeciendo la miseria (3, 17). Para describir esta forma de actuar, el autor dice con dureza que el que no atiende al necesitado “le cierra las entrañas”, una expresión que indica más que indiferencia porque alude a un acto por el que voluntariamente se bloquea la misericordia. En otros momentos, cuando habla de las actitudes contrarias al amor, utiliza también una expresión fuerte: “odio, aborrecimiento” (2, 10-11; 3, 14-15; 4, 20), y no reconoce matices. Para el autor de 1Jn, el solo hecho de no tener amor es lo mismo que odiar.

Para que haya verdadero amor no son suficientes las palabras. No basta con decir que se ama a Dios y que se ama a los hermanos. Es necesario expresarlo por medio de obras (3, 18).

Permanecer en el amor

Los discípulos deben ‘permanecer’ en ese amor. En los escritos joánicos, el verbo ‘permanecer’ significa mucho más que estar constantemente en el mismo

lugar. Además de la constancia, implica la idea de una estrecha relación recíproca entre el que permanece y aquel o aquello en que se permanece, e incluye la idea de fidelidad por parte del ser humano, y de validez eterna del acto salvífico por parte de Dios.

Dios 'permanece' en el discípulo (por ejemplo 4, 12. 15. 16), porque se mantiene invariablemente ligado al ser humano ejerciendo su obra de salvación. De la misma manera, el discípulo es exhortado a "permanecer en el amor" (4, 16) y a "permanecer en Dios" (4, 13. 15. 16). La 'permanencia' en el amor de Jesucristo no es una actitud totalmente pasiva, sino que incluye una actividad por parte del discípulo. Durante la cena, Jesús dijo: "Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor" (Jn 15, 9-10). Jesucristo cumple los mandamientos del Padre, haciendo siempre lo que es su voluntad (Jn 6, 38; 14, 31). Él se entrega por todos movido por el impulso de amor que viene del Padre, (10, 17-18; 1Jn 3, 16), y ese impulso es para Jesús un "mandamiento" referido a la entrega de su vida, a todo lo que debe hacer para dar la vida eterna a los seres humanos (12, 49-50).

Para permanecer en el amor de Jesucristo, los discípulos también deben guardar sus mandamientos: "Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor..." (15, 10). Se habla de 'mandamientos', en plural, pero en realidad se trata del único mandamiento que fue enunciado poco antes (13, 34) y que se repetirá más adelante (15, 12. 17): "Ámense los unos a los otros, así como (*kath_s*) yo los he amado". Los discípulos participan del amor de Cristo amándose entre ellos como ama Jesucristo. Aquí también se recurre a la conjunción *kath_s* para indicar que el amor de Jesucristo no sólo es modelo sino también causa del amor de los discípulos: ellos pueden amar porque son amados por Jesucristo, y aman como ama Jesucristo. Esto significa que Jesús deposita en los creyentes el amor que Él recibe del Padre (15, 9) y los capacita para que amen de la misma forma que Él ama: haciendo siempre la voluntad del Padre y entregando su vida por la humanidad.

Los discípulos deben amar como ama Jesucristo, y para que los lectores tengan idea clara de la dimensión del amor de Jesucristo por la humanidad, se explicita que Él ha amado llevando a cabo una acción que es considerada por todos como la mayor prueba de amor (Jn 15, 13). Muchos autores griegos y romanos coinciden en afirmar que no hay mayor prueba de amor que la de dar la vida por otros.¹¹ Esa es la prueba de amor que ha dado Jesucristo cuando entregó su vida por todos. Si los discípulos deben amar como ama Jesucristo, entonces deben estar dispuestos a dar la vida por los demás: "... Él entregó su vida por nosotros. Por eso también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos" (1Jn 3, 16).

¹¹ Por ejemplo: PLATÓN, *Symp.* 179B; ARISTÓTELES, *Eth. Nic.* IX, 8; SÉNECA, *Ep.* 1, 9, 10; FILÓSTRATO, *Vit. Apol.* VII, 11 y 14; etc.

“Dios es amor”

Si el amor es de Dios (1Jn 4, 7), los que aman a los hermanos están dando una señal evidente de que han pasado de la muerte a la vida (3, 14) y ya tienen vida eterna (5, 13). Por el contrario, los que no aman a los demás están dando pruebas de que no pertenecen a Dios sino que permanecen en el mundo de la tiniebla y de la muerte (2, 11; 4, 14).

Amar a Dios y conocer a Dios

Tanto el evangelio de Jn como 1Jn muestran situaciones de conflicto con personas que se jactan de conocer a Dios. En el judaísmo, muchos creían que accedían al conocimiento de Dios mediante el cumplimiento de la ley, y los que pertenecían a grupos apocalípticos estaban convencidos de que algunos personajes habían sido arrebatados a la presencia de Dios y lo habían contemplado. En el evangelio, Jesús dice a sus adversarios provenientes del judaísmo que ellos no conocen a Dios (7, 28; 8, 19. 54-55). En 1Jn se dice que los que se separaron de la comunidad joánica hacían alarde de que conocían a Dios (ver 2, 4), porque reducían el conocimiento a una operación exclusivamente intelectual que no se traslucía de ninguna manera en el obrar de cada día. Los gnósticos, posiblemente relacionados con estos, dijeron más tarde que Dios podía ser conocido cuando el hombre llegaba a conocerse a sí mismo,¹² o cuando Dios se les revelaba en una visión de carácter místico.¹³ Esta ‘*gnosis*’ colocaba al ser humano en el orden de la divinidad, y consecuentemente le otorgaba la inmortalidad.¹⁴

El evangelio de Jn, en cambio, dice que sólo Dios puede revelar a Dios, porque a Dios nadie lo ha visto jamás (1, 18), y el único que ha visto al Padre (6, 46; 7, 29; 8, 28-29) es su Hijo Único Jesucristo (1, 18; 12, 45; 14, 6. 9). Sólo Él lo puede revelar.¹⁵ El autor de 1Jn muestra que Dios, para revelarse, ha revelado su amor, y lo hizo cuando su Hijo Único se entregó como víctima propiciatoria por los pecados de todo el mundo (1Jn 4, 9-10). La única forma de conocer a Dios es conocer esta revelación de su amor.

El autor de 1Jn, instruido en el Antiguo Testamento, utiliza el lenguaje griego pero lo llena con sentido semítico y veterotestamentario. En el pensamiento hebreo, el ‘conocimiento’ no es sólo una actividad intelectual, sino que también implica dominio, experiencia de lo que se conoce. Por esa razón, para poder ‘cono-

¹² “Cuando lleguen a conocerse a ustedes mismos, entonces serán conocidos y se darán cuenta de que son los hijos del Padre viviente” (*Evangelio de Tomás*, 3).

¹³ R. BULTMANN, *gin_sk_*, etc., en: TWNT, I, 694-695.

¹⁴ *Ibid.*, 696.

¹⁵ También en los evangelios sinópticos, en un texto de la tradición Q: “Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11, 27 – Lc 10, 22).

cer' esa revelación es necesario colocarse en la corriente del amor que procede de Dios y experimentarlo.

'Estar', 'permanecer' en el amor de Dios es 'estar en comunión con Él'. Esto significa recibir de Él la participación en su vida divina, vivir su misma vida que se manifiesta en el amor. Los que viven de esta manera, al mismo tiempo que experimentan el amor de Dios, reciben la capacidad de amar como Él ama. Si verdaderamente conocen a Dios no pueden dejar de obrar como Él obra. Los que cumplen el mandamiento de amar a sus hermanos hasta dar la vida por ellos, demuestran con esto que conocen a Dios (2, 3). "Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios; el que no ama no ha conocido a Dios" (4, 7-8).

Los que se separaron de la comunidad joánica eran personas que mostraban falta de amor a sus hermanos. De esta manera ponían en evidencia que aunque estaban en la comunidad, su pertenencia a ella era sólo aparente. La falta de amor era el signo de que no estaban en comunión con Dios, y si no estaban en comunión con Dios, tampoco estaban en comunión con los hermanos. Por eso el autor de 1Jn pudo decir "salieron de entre nosotros, sin embargo no eran de los nuestros..." (2, 19).

Conclusión

Dios permanece oculto, envuelto en su misterio. Sin embargo "quiere salir amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos",¹⁶ "para invitarlos y recibirlos en su compañía".¹⁷ Para llevar a cabo este designio, Dios se manifiesta de diversas maneras. Se revela ante todo en la creación del universo y de la humanidad, en las palabras de los Profetas, en la historia de cada hombre y de cada pueblo, y de un modo muy particular en la historia del pueblo de Israel consignada en las Sagradas Escrituras. Entre todas las manifestaciones divinas se destaca el envío de su Hijo único entregado como víctima expiatoria por los pecados de todos. El mismo Hijo único, "mediador y plenitud de toda revelación",¹⁸ revela a Dios en su propia persona, porque "quien lo ve a Él, está viendo al Padre".¹⁹ Si se busca un común denominador de todos los actos con los que Dios se hace conocer por los seres humanos, se puede decir que estos lo perciben principalmente en actos de amor. De ahí que cuando se intenta describir a Aquel que intenta establecer un diálogo con sus criaturas, se debe decir que Él se muestra y es percibido en actos de amor, de modo que "Dios es amor".

¹⁶ Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución Dogmática "Dei Verbum"*, VI, 21.

¹⁷ *Id.*, I, 2.

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ Jn 12, 45; 14, 9.

“Dios es amor”

Si la única manera de conocer el amor es amando, sólo se puede conocer al Dios que es amor entrando en comunión con Él, dejándose amar y amándolo. La 1Jn revela que el amor con que se ama a Dios no nace en el corazón humano, sino que el mismo Dios hace participar de su propio amor al hombre, para que este pueda amar como ama Dios: con el amor que se revela en Jesucristo, que ama al Padre y ama a toda la humanidad, hasta entregarse como víctima por todos los pecadores.